

RESCATE DE HISTORIA ORAL (4)



El primer Cancún

CICLO DE CONVERSATORIOS



MIÉRCOLES, 14 DE MAYO / 19:00 HORAS
BIBLIOTECA NACIONAL DE LA CRÓNICA

04

Coordinación

Rosario González

Ana Pérez Ayala

Moderador

Fernando Martí

Panelistas

Rafael Lara Lara

Mauro González

Guillermo Águila

Abid Burad

Leif Knape

José Luis Mitzunaga



Calles y avenidas

Trazos simples y caprichosos, las calles de Cancún fueron tomando forma al mismo tiempo que una inquieta población de recién llegados se establecía en sus costados.



Fernando Martí
Cronista de Cancún.

El tema que vamos a abordar en este conversatorio puede parecer extraño. Los inicios de una calle o avenida siempre son modestos, simples vías de comunicación, carentes por

completo de encanto y de atractivo. No tienen el carácter que es propio de un palacio municipal o de un aeropuerto, carecen de la personalidad que tiene una escuela o un mercado, y no ostentan el glamour de los negocios turísticos, de los negocios, como sería el caso de un restaurante o un hotel. Por el contrario, son un mosaico: ahí se funden y se confunden instalaciones de todo tipo, es-



Una imagen de la prehistoria de Cancún, con un letrero ubicado en lo que después sería el principal cruce de la ciudad.

cuelas, mercados, hoteles, restaurantes, y un rosario de comercios de barrio, tlapalerías, estéticas, farmacias, que son vecinos de los vecinos, pues las viviendas de los particulares se incrustan en esa suerte de rompecabezas urbano. Aun en una ciudad planificada como Cancún, esa mezcla de giros tuvo lugar en las calles y avenidas pioneras. Había casas particulares en la avenida Nader, de

hecho aún las hay, y en la avenida Tulum, conceptualizada como la principal arteria de la ciudad, los letreros comerciales anunciaban la existencia, ¡frente al palacio municipal!, de casas de materiales de construcción, de refaccionarias y de llanteras. Con el tiempo, con la llegada del turismo, ambas adquirieron cierta vocación de zona recreativa, más intensa en algunas épocas, menos en otras, pero notable y notoria a lo largo de su existencia. Por lo demás, hay que anotar que calles y avenidas adquieren con cierta frecuencia un carácter distintivo y único, hasta convertirse en íconos de su propia ciudad. Los ejemplos abundan: la Quinta Avenida de Nueva York, los Campos Elíseos de París, el Paseo de la Reforma en la Ciudad de México, o bien, para citar casos que nos resultan más cercanos, la avenida Héroes de Chetumal, el malecón de Cozumel, la Quinta Avenida de Playa y, en fechas recientes, la avenida Huayacán de Cancún, en el polígono sur. Hoy el tema, pues, son las calles y avenidas, y de manera significativa las que ya mencioné, la Tulum y la Nader, dos trazos en la selva que estaban incluidos en los croquis originales del plan maestro. Como fue el primero que llegó de los presentes, y como sus responsabilidades incluyeron la supervisión de obras del primer Cancún, le voy a ceder la palabra al ingeniero Rafael Lara, para que nos platique como era la vida en una población que aún no tenía calles ni avenidas.

“

El título de primera avenida debe ser para la Nader, fue la primera calle que en realidad se abrió.

”



Rafael Lara
Presidente municipal
1996-1999.

Me voy a parar, para que me puedan ver. Qué bueno que se están haciendo estos conversatorios, y ojalá se haga el libro, para que quede constancia de lo que aquí se diga. Yo creo que el título de primera avenida debe ser para la Nader, fue la primera calle que en realidad se abrió. La Tulum entonces no era una avenida, era la

carretera que venía del Crucero, la que iba a Puerto Morelos, pero era más bien un camino, ni siquiera estaba pavimentada. Quizás alguna vez tuvo su capita de asfalto, pero desapareció con el paso de tanto volquete. Fernando dijo hace un momento que las casas convivían con los negocios y es la verdad, porque la primera obra que hizo Infratur, quitando las construcciones de los campamentos, que ya sabíamos que serían temporales, fueron las quince casas de la avenida Nader. Digamos, las primeras definitivas.

Fernando Martí: Esas quince casas no existían cuando tú llegaste, apenas estaban

en construcción, ¿no es así? Según entiendo, eso fue en mayo de 1970.

Rafael Lara Lara: No, apenas estaban en proyecto. Cuando llegué apenas se iba a iniciar la construcción del campamento, en la súper-manzana 5, donde está el Palacio Municipal. Había otro campamento previo, que estaba en la Rejoyada, lo que hoy es la López Portillo, frente a las oficinas de la Comisión Federal de Electricidad. Ahí había una casita

rífico, no les fue bien y tuvieron que cerrar. Esa casita fue la primera oficina de Consorcio Caribe. Alrededor se hicieron unos tejabanes, que servían de dormitorio a los operarios y a los peones. Los ingenieros no se quedaban ahí. García de la Torre y Daniel Ortiz tenían su casa en Valladolid, hacían el viaje de ida y vuelta todos los días. Yo me quedé ahí una temporada.



Esta gráfica, captada desde la obra negra del hotel Parador, muestra con claridad que avenida Tulum seguía siendo una vía sin pavimentar a fines de 1973. (Jorge Ávila Mariño)

Fernando Martí: ¿Exactamente en dónde?

Rafael Lara Lara: En la casita, ahí me pusieron un catre y estuve un rato. Todo se dio por casualidad. Yo trabajaba en las oficinas de México a las órdenes del ingeniero Morales Zacarías, que era el director técnico de todos los proyectos y que ya me había designado para que me fuera a Ixtapa. Ya he contado que lo conocí en un avión y me convenció de trabajar con ellos. Resulta que un día lo acompañé a Cancún,

a supervisar el avance de las obras, pero tuvo una desavenencia con García de la Torre, una discusión fuerte. No coincidían, tenía una manera distinta de ver las cosas. Así que García de la Torre le dijo, refiriéndose a mí, por qué no lo deja, yo con él me arreglo. Así fue como me quedé. Yo ni ropa traía, venía para irme otra vez. En la oficina había un escritorio y ahí me pusieron un catre.

Fernando Martí: En ese momento no había calles ni avenidas, salvo las carreteras,

la que venía de Mérida, la que partía hacia Puerto Morelos.

Rafael Lara Lara: Sí. El campamento de la súper-manzana 5 se empezó en julio y se terminó en octubre, en el 70. Todo se hizo al mismo tiempo. Ahí estaba lo que era el comedor, los servicios de regaderas, un edificio para los casados, que tenía un cuarto para cada

familia, y otro que le decían el colectivo, los dormitorios colectivos para los solteros, que eran la mayoría. Doña Luisa (Canché) se hizo cargo del comedor desde el principio, ella ya venía de la Rejoyada y desde antes. También arrancó la construcción de las quince casas en

“
García de la Torre le dijo, por qué no lo deja, yo con él me arreglo. Así fue como me quedé. Yo ni ropa traía, venía para irme otra vez.”

“
Había un tanque de agua elevado, hecho con tableros de zapote, que se parece a la torre de control.”

Orígenes muy humildes tuvo la avenida López Portillo, cuando todavía era conocida como la carretera Valladolid-Puerto Juárez. El negocio de alojamiento, en su versión modernizada, todavía está en operación en las cercanías del Crucero.

la Nader. Vi una foto que tomó Ávila Mariño, donde se ve una calle rústica que va de la Tulum a la Nader, al fondo se aprecian las casas en construcción. También hay un tanque de agua elevado, hecho con tableros de zapote, que se parece a la torre de control de la aeropista. Ni me acordaba de ese tanque, ahí se

Fernando Martí: Hablemos de las calles y avenidas...

Rafael Lara y Lara: La Nader fue la primera que hizo Infratur, y se pavimentó casi al mismo tiempo que la Tulum, porque ya estábamos trabajando en la súper-manzana 3. La Tulum se pavimentó porque la primera urbanización fue la súper-manzana 22, la que se encuentra frente a Palacio, entre la Tulum y a la Yaxchilán, y de la

Fernando Martí: Para la historia, ¿qué pasó como Morales Zacarías?

Rafael Lara Lara: Era un técnico muy calificado. Siguió en el Banco de México hasta 1972, cuando salió por una diferencia que tuvo con el licenciado Enríquez (Savignac).

Fernando Martí: Alfonso Covarrubias, que era originario de Los Mochis, Sinaloa, también salió de Infratur por una diferencia con el alto mando. Lo menciono porque muchos años después, de regreso en su tierra natal,

ven también los dormitorios. Apenas estuvo listo el campamento de las 5, todos se pasaron para acá. Yo le apuré mucho a la construcción de las casas de la Nader, y me cambié a la primera que tuvo muros y techo. Le pusieron un tinaco para que me bañara y ya me pude traer a la familia.

Cobá hasta la Uxmal. Ahí quedó también el primer parque, el de las Palapas, pero eso se hizo después. La pavimentación se hizo a la manera tradicional, con un riego de impregnación: base de sascab con grava triturada, riego de chapopote, riego de sello o asfalto, se le tiraba gravilla, y al final pasaba la aplanadora.

Entro en su lugar Javier Pérez Abreu, luego vino otro director que se apellidaba Petricioli. Y al final estuvo Alfonso Covarrubias, pero ese ya no me tocó a mí.

publicó un pequeño libro que se llama *Historias de Cancún*, en el cual rescata muchas anécdotas de esos primeros años. De regreso a nuestro tema, ¿qué recuerdas de la Tulum, ya convertida en avenida?



Rafael Lara Lara: El primer negocio fue del ingeniero Ricardo Méndez, hizo unos locales comerciales donde estaba la farmacia de Peraza. Luis Arce tuvo en la Tulum un negocio de libros y revistas. Ahí también se puso el negocio de Guillermo, *El Águila*. Los González

tenían su casa de materiales, *La Lupita*. También estaba Leif Knape. Adib (Burad) construyó enfrentito la refaccionaria, y también se puso ahí la llantera de Pepe Calderón, que era cuñado de Adib. Y en el Crucero había una tiendita que vendía el periódico.

Fernando Martí: Varios de los aludidos se encuentran con nosotros, así que tendremos su testimonio en vivo. Vamos a empezar con

Leif Knape. Por problemas de salud, esta noche no pudo estar presente, pero su hija Bertil grabó un video que les vamos a proyectar.



Leif Knape
Comerciante.

Vivimos dos años en Chetumal, y ahí nos dimos cuenta que una tiendita era parte de la diversión y del lugar. Como zona libre, podíamos vender cualquier cosa, teníamos prioridad hasta 1990 en descuentos y todo lo del fisco. Queríamos probar todos los aspectos que habíamos visto en Quintana Roo. Fue muy emotivo. Cuando llegamos aquí, el ingeniero Méndez Baeza, que era mi amigo, además de ser contratista, me dijo, ya terminé un edificio y tengo unos locales, ¿no quieres uno? Entonces, eso nos sirvió como acicate. Escogimos el local y empezó la migración hacia Belice, hacia la zona libre, a comprar con los mayoristas en Chetumal. Hubo un compañero que se dedicó a traficar

esta mercancía y nos decía, lo que ustedes ganan en un mes, yo lo gano en una semana. Entonces, decidimos aprovechar ese lapso para poner una tienda de importaciones. La tienda se llamaba *La Gaviota* y estaba enfrente del palacio municipal. Era una zona de alto riesgo, porque se estaba construyendo el drenaje, y las zanjas se hacían con cargas de dinamita. Escóndanse, cuídense, porque se va a prender ahorita una bomba, para poder seguir escarbando, porque era puro concreto. No concreto, era piedra. Entonces, buscabas el lugarcito. Como a veces las piedras se metían a la tienda, cerrábamos la tienda. Una de esas piedras cayó en una de las puertas, nos la hizo pedazos, sencillamente la rajó. Así estuvimos durante mucho tiempo, con la puerta rota. A veces cuidaban la tienda, porque decían, su mamá se quedó sola hoy. Al principio fue difícil, porque nos obligaba a la compra de mercancía, a aumentar

“
Escóndanse,
cuídense,
porque se
va a prender
ahorita una
bomba, para
poder seguir
escarbando,
porque era
pura piedra.

”



Un letrero poco amable anunciaba la entrada de la zona hotelera. En la gráfica se aprecia el trazo recto de la primera parte del bulevar Kukulcán.



En la acera poniente de la Tulum se aprecia el edificio de seis locales, donde se ubicaba la tienda de la familia Knape (es un decir, porque no había banqueta).

“

Después pasó el señor López Portillo por ahí y vio las piezas de coral que teníamos, y entonces dijo, yo quiero un elefante como ese, con la trompa para arriba, pero grande, grandote

”

el volumen de las tiendas y vender en otros lugares. Pero vendíamos bien. Un proveedor español nos enseñó unas pistolas, hagan de cuenta, exactamente igual a una pistola verdadera. Entonces, todos querían comprar, ingenieros, arquitectos, niños, muchachos, todos querían tener su pistola. Koiffy se llamaba la marca. Eran unas pistolas muy simpáticas, grandes, de gran cañón. Había unas chiquitas escuadra, también. Yo decía, me voy a quedar con una de ellas. No tuve oportunidad, porque cuando se acabaron, se acabaron. Entonces, fuimos siendo conocidos, hablando con mucha gente. Vinieron personalidades de México. Un día entra una señora, así, con voz muy fuerte, de cierto poder. Volteo y venía con un muchachito, que le había gustado un traje de baño que había visto en la tienda, él quería un traje de baño de su talla. Entonces, se acerca a una de las empleadas y le dice, pero la empleada se me queda mirando como diciendo, cuál le muestro al niño. Entonces, yo saqué un traje de baño, pero la señora dijo, no, me gusta ese que está aquí, ese es el que quiero para mi nieto. Entonces, saco el traje de baño, se lo enseño, pero vi que era un poquito grande. La señora le dice, pruébatelo, acá tienen probador. Entró el niño a probárselo y se dio cuenta que le quedaba grande, pero la señora estaba así, aferrada, diciendo que ese traje era el que le quedaba. Y pues el niño no

Fernando Martí: El caso de Leif Knape no es único. En la década de los 80s y poco más, la Tulum y calles aledañas se habían

tuvo más remedio que obedecer a la abuela y quedarse con el traje de baño. Al entrar ella a la tienda inmediatamente reconocí, por su tono de voz, porque ya habíamos tenido una plática con ella unos días antes, aquí en Cancún, que era la esposa del presidente de la República. Entonces, dije yo, aquí son palabras mayores, más vale que digas que sí le viene el traje y ya. Y realmente la señora se fue contenta, el niño se fue enojado, pero era una de nuestras clientas, muy buena, porque compró. Al fin y al cabo, compró el traje de baño que ella quería, y el niño se fue con su traje de baño, que no quería, pero la abuela insistió. Después pasó el señor López Portillo por ahí y vio las piezas de coral que teníamos, que nos hacía un muchacho que vivía en Cozumel, un artesano magnífico, que tallaba el coral, lo tallaba en una forma exquisita, minuciosa, delicada, con cariño. Vio el presidente un elefante pequeño, y entonces dijo, yo quiero un elefante como ese, con la trompa para arriba, pero grande, grandote, así, de este tamaño. Le digo, señor López Portillo, esperemos que sea posible hablar con Víctor y que nos la haga. Yo regresaría aquí en tal fecha, me dice. Total, hablé con Víctor y le digo, vas a ser famoso. Por qué, me dice. Porque vas a hacer un elefante para el señor López Portillo. La devaluación nos agarró muy fuerte. Ya andábamos queriendo irnos a Australia a ver si podíamos encontrar un mejor lugar para vivir, pero afortunadamente no se hizo. El declive empezó cuando decidieron meter plata y otros artículos mexicanos, que empezaron a competir con las importaciones. La tienda se abrió en diciembre de 1973, y se cerró definitivamente en 1993. ¿Por qué se cerró? Porque Cancún ya era un lugar turístico muy nombrado. Los precios subían y bajaban, subían, subían, subían, y más bien que bajaran, subían, y subían, y subían. Lógicamente, el producto estaba más encarecido, las rentas estaban muy encarecidas. Había momentos en que decías, o pago la renta, o doy de comer, ¿no? Entonces, desgraciadamente tuvimos que cerrar.

convertido en una zona comercial, con docenas de locales que se dedicaban a la venta de importaciones. Hoy día, casi la totalidad

de esos negocios han desaparecido. Vamos a escuchar ahora el testimonio de otro perso-

naje que manejó el mismo giro de negocio, Guillermo Águila.



Guillermo Águila
Importaciones El Águila.

Hace dos semanas, en el conversatorio del aeropuerto, les platiqué que mis primeros clientes fueron las tripulaciones de los vuelos de Aeroméxico. Me puse de acuerdo con el gerente de Aeroméxico, señor Carlos

Asencio, y cuando llegaban los aviones yo mismo iba en mi camioneta guayín a recogerlos al aeropuerto. Los traía a la tienda, compraban sus cositas y se las llevaban a México, me supongo que para regalarlas o venderlas a sus conocidos. Eran cosas muy sencillas, bolas de queso, latería de importación, perfumes, mascadas, o sea, lo que les cabía en las maletas, nada como elevisores o equipos de sonido.

Fernando Martí: Vale la pena leer ese testimonio, que de alguna manera refleja el amor mexicano por la fayuca de mediados del siglo pasado, cuando importar mercancías del extranjero era punto menos que imposible. Pero esa fue una característica del sistema político mexicano: prohibir por

un lado, abrir una válvula de escape por el otro. Chetumal funcionaba como tal y, aunque había aduanas a la salida de la ciudad, autobuses repletos de compradores venían desde Mérida y desde más lejos, a surtirse de lo lindo en los almacenes de la avenida Héroes.

Guillermo Águila: Si, es cierto. Luego Echeverría, para ayudar a Cancún más que nada, decretó que todo el estado fuera zona libre y quitaron las aduanas que teníamos para ir a Isla Mujeres y a Cozumel, y la de Mérida se la llevaron al kilómetro 80. Como les digo, había muchas cositas de importación que se vendían en estos tres lugares y, como aquí no había nada, pues todo se compraba allá. Yo me iba cada semana a Chetumal, e incluso a

Belice, cargaba mi camioneta, y me traía lo que me pedían los trabajadores, que sí flexómetros de los anchos, que limas para afilar los machetes, muchas herramientas de trabajo, y también muchos artículos de lujo y de regalo. La cosa es que traía poco, sólo lo que cabía en la camioneta, porque al principio no tenía tienda ni bodega, así que vendía la mercancía en el transcurso de la semana y, cuando se me acababa, tenía que regresar por más.

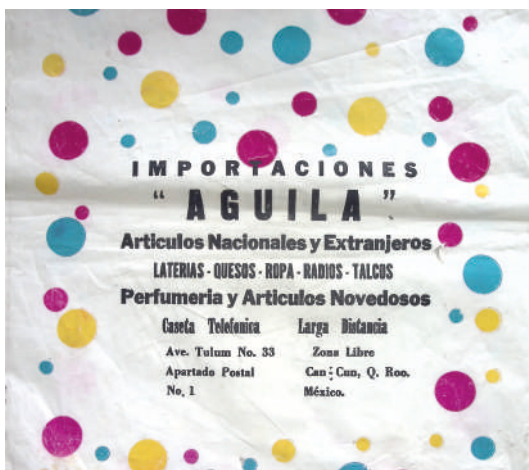
Fernando Martí: Cuando abrió su tienda, *Importaciones El Águila*, se instaló en la

avenida Tulum, haciendo esquina con la calle Claveles, exactamente frente al palacio.

“

Echeverría, para ayudar a Cancún más que nada, decretó que todo el estado fuera zona libre y quitaron las aduanas que teníamos.

”



Importaciones El Águila, el primer comercio que abrió en la avenida Tulum



Agarré un sistema muy bonito. Pagaba con cheque en Chetumal, pero el cheque se tardaba siete días en llegar a Cancún.



Guillermo Águila: Sí, le compré a Fonatur un terreno de 900 metros, muy grande para mis necesidades, pero me presionaron para adquirirlo en paquete. Eran los lotes número 33 y 35. Les estoy hablando de mediados de 1973, las calles apenas estaban trazadas, pero todavía no estaban hechas. Lo que contó el señor Knape es cierto, gritaban ¡bomba!, y ya sabías que venía la explosión, te tenías que resguardar, todas las casas se cimbraban. Estaban metiendo los tubos de la luz y el drenaje. Ocupé sólo la mitad,

Fernando Martí: No hay duda que en ese primer Cancún había un ambiente muy pro-

Guillermo Águila: Yo al principio no tenía capital, pero agarré un sistema muy bonito. Yo compraba los sábados en Chetumal. La primera vez que le compraba a un mayorista, le decía, cuánto es, tanto y tanto, y se lo daba en efectivo. Ya para la siguiente vez le decía, oye, me da miedo andar cargando



Un negocio que se diversificó rápidamente.

tanto dinero, no te importa si te doy cheque. No hay problema, me decían, era como mi

Fernando Martí: Debe haber sido un tormento viajar a Chetumal cada semana por

Guillermo Águila: No tanto. El asfalto llegaba hasta Puerto Morelos, ahí empezaba la terracería, pero manejaba una camioneta de

ahí abrí la tienda. Más tarde convertí la otra mitad en restaurante, y puse otros negocios que iban bien con la tienda. Ahí se vendían los boletos del ADO y ahí llegaban los autobuses, antes de que se inaugurara la terminal. También tuve una rentadora de motos. Pero lo que más tráfico nos daba era la caseta telefónica, había colas para hablar de larga distancia desde que abríamos hasta que cerrábamos. Llegaba mucha gente, pero el negocio fuerte era la tienda, la venta de importaciones.

ocio para hacer negocios, aún para los emprendedores que llegaron con poco capital.

condición para hacer el trato. Entonces, yo daba los cheques en Chetumal, el sábado. Los metían al banco el lunes y había una valija bancaria en que los mandaban de Chetumal a Escárcega, de Escárcega a Campeche, de Campeche a Mérida, y de Mérida a Cancún. Se tardaba siete días en llegar el cheque acá, cuando llegaba ya había vendido toda la mercancía. A veces mi cheque no tenía fondos, pero me venía a ver el gerente del banco. Falta tanto para cubrirlo, me decía, y ya se lo acompletaba. O me esperaba un día, no había tanto problema como hay ahora. Un día sí rebotó unos de mis cheques, pero así como hacían siete días de ida, también eran siete días de vuelta. Así que el sábado fui con mi proveedor en Chetumal y le digo, oye, fíjate que tuve un problema, el día que llegó tu cheque a Cancún estaba yo en Mérida y mi esposa no depositó, se le olvidó. Te van a regresar mi cheque pero, cuando te lo manden, vuélvelo a meter, ya hay dinero. Aparte, claro está, les hacía un nuevo pedido y les daba otro cheque. Así, dándole vuelta al dinero, me fui haciendo de capital y el negocio fue creciendo.

el estado de los caminos. ¿Eran todos de terracería?

doble tracción, le podía pisar al acelerador a pesar de los baches. La brecha llegaba hasta Carrillo Puerto, unos doscientos kilómetros.

De ahí a Chetumal estaba buena la carretera, lo comenté, me hacía unas cuatro horas, o apenas la habían terminado. La vez pasada poco más.

Fernando Martí: ¿Cómo fue qué se vino abajo un negocio tan lucrativo?

Guillermo Águila: Tuve una diferencia fuerte con el presidente municipal, Alfonso Alarcón. Un día me mandó llamar a su oficina y me dijo que me iba a buscar el dueño de Bancomer, que estaban interesados en mi propiedad. Unos días después viene el gerente del banco y me dice, el señor Espinosa quiere hablar contigo, te está esperando. Ahí voy, estaba con sus asesores en una mesa, don Manuel Espinosa Yglesias en persona, y me dice, hemos decidido comprarle su negocio para poner nuestras oficinas. Pero yo no estoy vendiendo, le contesto, no me interesa. Vi que se molestaba y ya, en tono altanero, me dijo que el banco tenía muchas formas de que yo cambiara de parecer. Me molestó y le dije, mire, señor Espinosa, su banco nunca va a estar en mi local. Alarcón se molestó mucho, no sé qué compromiso tenía con Bancomer, pero me hizo la guerra. A los pocos días llegó a desayunar a mi restaurante el líder de la CROC, Salva-

dor Ramos Bustamante. Me invitó a sentarme con él y me preguntó si los empleados del restaurante estaba en el sindicato, que los tenía que afiliar. Total, que a los pocos días inventaron que tenían que emplazar a una huelga, dizque para hacer un recuento, y saber si los empleados del restaurante querían ser del sindicato. Para ese entonces, ya existía el Seguro Social en Cancún, y yo tenía a todos mis trabajadores registrados, y también pagaba yo como patrón. Así llegó el día del famoso recuento, pusieron sus banderas rojas y negras, y la gente se juntó en la calle, a ver qué pasaba, yo creo que era la primera huelga de Cancún. Llegaron todos mis trabajadores, se identificaron con su papeleta del Seguro, y todos votaron que no querían estar en la CROC. Que no se cierre, decían, que sigamos trabajando. Entonces dice el interventor, muy bien, ahora que voten los demás. Que van a votar quiénes, le digo. Pues los miembros de la CROC, me

“
Le dije, señor Espinosa, su banco nunca va a estar en mi local. Alarcón se molestó mucho, no sé qué compromiso tenía con Bancomer.”



Muy pocas construcciones se aprecian sobre la avenida Tulum, que durante muchos años tuvo camellón y carriles laterales, que desaparecieron durante la gestión de la alcaldesa Magaly Achach.



Las zanjas del drenaje eran una constante en calles y avenidas durante los primeros años de Cancún. La gráfica corresponde a la SM 22.

dice. Yo aquí no tengo ningún miembro de la CROC, le informo. Pues tienen que votar todos, me dice, y empiezan a votar otros trabajadores, que se identificaban con su credencial de la CROC y con toda falsedad decían que trabajaban conmigo. Hasta que llegó el momento que le digo, ya párele, si

mete en su lista a todos esos que dicen que son empleados míos, no cabrían en el restaurante. Así votaron unos que se decían meseros, cantineros, cocineros, *stewards*, todos diciendo que trabajaban conmigo. Le pararon, pero según el conteo, pues tenían la mayoría. Y me cerraron, pero no sólo el restaurante, sino también la tienda. Y la tienda por qué, les reclamé, el conteo era por el restaurante. Porque están comunicados, hay una puerta adentro por donde se puede entrar. Me cerraron la tienda, a la mala, con sus esbirros. A mí el restaurante no me interesaba, el restaurante lo hice por dos cosas. Primera, por lo del teléfono, y segunda, mi esposa y yo estábamos trabajando todo el día y no había quién guisara en la casa. Teniendo el restaurante, ahí comíamos. El restaurante no era negocio. Bueno, sí era negocio, pero no me interesaba tanto, porque si cierro el restaurante, amplío mi tienda para allá y listo, más venta. Pero me cerraron tienda y restaurante.

Fernando Martí: ¿Ese es el fin de la historia?

Guillermo Águila: Claro que no. Fui a ver al gobernador y le digo, oiga, me cerraron la tienda y el restaurante, indebidamente, y le cuento la historia. Ese Alarcón ya me tiene hasta el gorro, me dice, voy a hablar con él y le van a liberar su tienda. Bien, le digo, yo nomás quiero que me liberen la tienda. El restaurante, ahí que se queden acampando afuera los años que quieran. No hay problema, no pago renta, no pago nada, me vale huevo. Además, ya estaban molestos los mismos huelguistas, porque los ponían a hacer guardia de tal hotel, y luego de tal hotel, y ya estaban aburridos. Tenían que estar haciendo las guardias porque, en

el momento que abandonaran, pues ya podía yo abrir. Entonces, el gobernador habló con el presidente municipal, y ya me fueron a ver los de la CROC, que había un empaque y que no sé qué. Total, políticamente lo arreglaron y abrí la tienda. Y ellos ahí, a un lado. Ahí que se siguieran, no me interesaba. Pero los meses que cerré y todo lo que se robaron los que entraron allá, vaciaron el restaurante, vaciaron la tienda los que estaban la huelga, y me fue mal, me cerraron muchos créditos en los bancos y todo esto. Alarcón y los de la CROC se movieron para ahogarme. Después de la huelga ya quedé muy lastimado.

Fernando Martí: Por pura curiosidad, ¿fue fácil ver al gobernador?

Guillermo Águila: No, me tenían bloqueado. Trate de verlo y me lo negaban, me lo negaban. Entoces, él iba a ir a un evento a la penitenciaría de Chetumal, y yo conocía

al director. Le digo, oye, necesito hablar con el gobernador y se me niega. Y me dice, aquí te le pones enfrente, lo paras y le dices. Eso hice, ahí venía el gobernador, ya ve cómo

“
Ese Alarcón ya me tiene hasta el gorro, me dice el gobernador, voy a hablar con él y le van a liberar su tienda.

”

caminan, con todos sus monos a un lado. Me le planté y le digo, licenciado, necesito hablar con usted. Usted es el señor Águila, ¿verdad?, he oído hablar mucho de usted, me dice. Entonces interviene (Miguel) Peyrefitte, que era el procurador del Estado: licenciado, lo que el señor Águila quiere no se puede. Ahí sí me prendí, cómo que no se puede, espéreme que le diga primero qué quiero y ya luego me dice que no se puede. El gobernador dice, lo atiendo terminando el

evento, porque ya vengo tarde. Y sí, cuando acabó se vino derechito donde yo estaba. Le expliqué, me cerraron la tienda, ahí no tengo empleados, sólo la atendemos mi esposa y yo. Peyrefitte necio, en el conteo son cien contra cinco, tienen la mayoría. Total, el gobernador me dice, déjeme hablar con las personas indicadas, yo le aviso. A los pocos días me llamó en persona y me dice, ya puede abrir su tienda. Pero ya había quedado yo muy gastado y muy perjudicado.

Fernando Martí: Ahora sí, el fin de la historia...

Guillermo Águila: Apareció una persona de Campeche, uno que tenía barcos camaroneros. Jacobo Selem se llama. Y me dice, te compro la tienda. Y cuánto das, le pregunto. Millón y medio, así al contado, pam-

pam, y yo me encargo de todo, me dice. Era una oferta regularcita, pero pensé, así ya me conviene, para qué pelea más. Y órale, se la vendí. En ese mismo local pusieron la tienda Ultrafemme un tiempo después.

Fernando Martí: Es una historia típica de los contubernios y los abusos de poder del sistema político contra un particular incómodo. Nunca se sabe lo que hay detrás de una

fachada o de una marca. Vamos a ceder el micrófono ahora a una de sus vecinas, Mauro González, que manejaba una tienda de materiales a pocos pasos de distancia.

“

A los pocos días me llamó en persona y me dice, ya puede abrir su tienda, pero ya había quedado yo muy gastado y muy perjudicado por la huelga.

”



Otra avenida pionera, la Uxmal, con la silueta característica del tanque de agua, que aún se destaca en el horizonte.

Mauro González: En realidad, el negocio lo iniciaron mis padres como una tienda de todo lo que se requería en ese entonces en Cancún. Se vendían desde empanadas hechas ahí mismo, quesadillas, abarrotes, trigo, agua. Crece después con materiales de construcción. Como eran terrenos grandes, también había bloques, ladrillos, varilla, todo

Fernando Martí: Un auténtico almacén de pueblo chico, donde se venden alimen-

eso. Digo, ahí se vendía y había un pequeño almacén, pero también se trasladaba desde las plantas. Si alguien quería, por ejemplo, diez toneladas de gravilla o de cemento, los entregaba directamente el camión que venía de Mérida. Era para entrega, no se bajaba el material en la tienda, pero ahí se vendía.

tos, utensilios, materiales de construcción... ¿Cómo se llamaba?

Mauro González: Abarrotes La Lupita, por mi madre. La tienda la puso mi papá, Fran-

El frente de La Lupita tenía la apariencia de un estanco, pero el verdadero negocio estaba atrás, en la bodega de materiales.



cisco González. Él es invitado por el proyecto Cancún porque, originalmente, traía el nego-

cio de transporte de carga. Desde Mérida, traía en camiones el cemento que se requería para iniciar Cancún. Yo recuerdo venir cuando los primeros pasos de la ciudad. Apenas empezaba el área donde está el palacio municipal. A un lado estaba Correos y la cárcel, en la avenida Nader. El jefe de Correos era un compadre de mi papá, José Manuel Cupul. A él lo invita a venir el señor Alarcón o el ingeniero Lara, no estoy seguro, y es entonces cuando adquiere el terreno en la avenida Tulum, en contra esquina de lo que fue la Bodega del Teniente, que ahora es el Chedraui. La tienda queda situada entre ese terreno y el hotel Rivemar, que ya tampoco existe. Era un terreno grande, unos mil metros cuadrados, pero no eran varios locales, era un solo negocio.

Fernando Martí: ¿Cómo fue que te involucraste en el negocio?

Mauro González: Eso fue mucho después. En ese entonces, yo era estudiante. Yo traigo más la visión del primer Cancún como un joven estudiante, un muchacho de secundaria, lo que nosotros vivimos como jóvenes cuando llegamos a Cancún. Nosotros veníamos a abrir la escuela. El primer año no estudié, porque no había el grado para que yo entrara. Había secundaria, pero acababa de abrir, había sólo el primer año y yo estaba en segundo. Estoy hablando del año 72 o 73, y de la Escuela Técnica Industrial 257, la ETI, que después se convirtió en la Secundaria Número 11. Mis hermanos estudiaban la primaria y creo que eran el 50 por cien-

to de la escuela, porque empezaron con seis alumnos. Yo me quedé en Valladolid, hice allá el primero de secundaria, pero cuando ya no quise quedarme le dije a mis padres y me vine a Cancún, pero sí perdí un año de escuela porque no había el grado. Tuve que esperar que se abriera el segundo para poder entrar. Cuando la escuela inicia no tenían instalaciones. Empezamos en la Bonfil, en el turno vespertino, ahí en el Parque de las Palapas. En el turno matutino era la escuela Alfredo V. Bonfil, pero en la tarde ya era la ETI. Por cuestiones poco claras, me imagino que chocaba con los horarios de la primaria, nos cambian de instalaciones sin tener una

“
Se vendían empanadas, quesadillas, abarrotes, trigo, agua, y también bloques, ladrillos, varilla, todo eso.

”

escuela construida. Nos fuimos a un costado del Palacio Municipal, donde estaban las oficinas de Ecología, y antes de Infratur. Esas

Fernando Martí: Un director de esa escuela, el profesor Edgar Ruiz Orozco, nos contó

Mauro González: En los jardines de la escuela encontrábamos, cuando íbamos a la escuela, huellas de venado. Inclusive, en ocasiones, de jaguar. En lo personal, escuché

Fernando Martí: No es exagerado, vivían en medio de la selva virgen. Pero volvamos

Mauro González: Del lado derecho se estaba construyendo la *Bodega del Teniente*. Del otro lado estaba *Rivemar*, que igual empieza con la venta de importaciones y después ya se construye el hotel. Después de Rivemar estaban las tiendas de importaciones Irene y El Águila, no recuerdo con precisión el orden. Más allá, frente a Palacio Municipal, estaban seis locales comerciales que construye el ingeniero Méndez Baeza, ahí estaban *La Surtidora*, y también *La Gaviota*, de Leif Knappe. Hay que recordar que en ese tiempo la Tulum tenía un aspecto muy diferente al actual. Para empezar, tenía los camellones centrales y los laterales. Y había mucho turismo. Prácticamente toda la avenida Tulum, lo que es la súper-manzana 22 y la de enfrente, llega un momento en que se vuelve exclusivamente para turismo. Teníamos mucho turismo nacional y turismo extranjero, era lo más común del mundo transitar por la avenida. Los comercios que había en ese entonces estaban dedicados a eso. Enfrente de donde estábamos estaba el Kihuic, zona netamente de artesanías. En un principio estuvo ahí un hospital, una clínica, y hasta una tortillería, pero ya el desarrollo, la llegada masiva de turismo que teníamos, hizo que toda la avenida se hiciera comercio para el turismo. Eso subsistió muchos años, hasta que se acabó lo que era la zona libre. Ya con la libre importación cualquiera lo podía tener, y Cancún per-

oficinas son las que dejan para salones de la secundaria, en lo que se terminaba de construir la Escuela Secundaria Técnica 11.

que el escudo tenía un venado, porque los había en los alrededores. ¿Viste algo de eso?

que decían que había venados, pero no los alcance a ver. Y yo soy de la primera generación de egresados de la ETI. Pero sí, el escudo de la escuela tiene un venado.

a la tienda de la avenida Tulum. Cuéntenos algo sobre el vecindario.

dió ese atractivo, lo mismo que Chetumal. La Tulum también fue una zona de restaurantes. No recuerdo los nombres porque los cambiaron de continuo, muchos propietarios cambiaban el nombre pero seguían vendiendo igual, porque eran lugares de consumo. Recuerdo el restaurante Águila, junto a la tienda, creo que uno era *D'Leo*, junto a Palacio Municipal estaba la *Pop*, que era el centro de reunión de los políticos. Todo eso es parte de la historia.



Otro negocio pionero en la Tulum, el conjunto Rivemar, prácticamente rodeado por la selva.

“

Prácticamente toda la avenida Tulum, lo que es la súper-manzana 22 y la de enfrente, llega un momento en que se vuelve exclusivamente para turismo.

”

Fernando Martí: ¿Qué pasó al final con Abarrotes La Lupita?

Mauro González: La tienda nunca fue el negocio principal de mi papá. Él se dedica más bien a bancos de materiales, a todo lo que es sascab, a construcción de plataformas, una trituradora, una bloquera en su momento. Es el mismo negocio, pero no ahí, no ya en la Tulum, sino en las afue-

ras. Antes de llegar por donde está el Campesote es donde estaban la trituradora y la bloquera. Y la extracción de bancos de material, enfrente, en las sascaberas. También se metió al negocio de maquinaria, lo que eran tractores y trascabos. Por eso decidió vender la tienda.

“

Después del Águila no se veía nada, para allá estaba todo desierto. Yo le decía a mi padre, por qué no vendes y nos vamos donde hay gente, porque yo iba al Crucero y veía personas.

”

Fernando Martí: ¿A quién se la vendió?

Mauro González: A su compadre, George Stefán o Stephan. Eran muy amigos. El buen George ya traía en la cabeza la idea de construir un centro comercial con toque libanés. Donde estaba La Lupita se construyó *Plaza Safa*. Todavía era la época en que la Tulum era un paseo turístico, que estaba repleta de comercios y restaurantes, y que ese tipo de negocios funcionaba muy bien. A nosotros nos tocó conocer la primera avenida Tulum, cuando explotaban las bombas para abrir el primer drenaje. Creo que nadie mencionó las zanjas, porque no sólo

eran las cargas de dinamita, también eran las zanjas para colocar la tubería del drenaje, que se quedaban abiertas por semanas. Ahí el riesgo y la aventura era cruzar con los tablones la zanja, tenían que hacerlo para llegar a los locales. Yo recuerdo, por ejemplo, cuando era chamaco, y veía nuestra tienda al final del carril, en la selva, con sus lucecitas. Después del Águila no se veía nada, para allá estaba todo desierto. Yo le decía a mi padre, por qué no vendes y nos vamos donde hay gente, porque yo iba al Crucero y veía personas.

Fernando Martí: Pocos años después sería la zona de mayor plusvalía.



Una estructura piramidal ostenta el símbolo de la escuela, vinculado a la fauna de la selva

Mauro González: Tengo una anécdota que puede servir de ejemplo del cambio. En los inicios, sólo necesitábamos algo e íbamos a tocar la puerta del presidente municipal, que era Alarcón. Nos atendía como jóvenes, tenía esa apertura. Era tan común que llegase a Cancún el presidente de la República, que nosotros lo abordábamos. En una ocasión, ya habían construido la Escuela Técnica Secundaria 11, pero era una plancha de cemento, no había donde resguardarse a la hora del recreo. En una visita interceptamos al presidente Echeverría en el Centro de Convenciones y le pedimos que nos ayudara con un cobertizo para la escuela. Y le dice a su secretario de Educación Pública, Porfirio, ve con los muchachos, a ver con qué los puedes apoyar. Y en

el camión colectivo que nos había llevado allá, los urbanos de la ciudad, ahí se subió Porfirio Muñoz Ledo y nos acompañó a la escuela, solo, sin escolta. Le mostramos qué era lo que había, qué era lo que queríamos, y es cuando se construye ese tipo de pirámide que tiene, para tener sombra. Ahí fue la tiendita de la escuela, ahí teníamos para resguardarnos. La pirámide se hizo por indicación, por trámite o por sugerencia de Porfirio Muñoz Ledo pero, para que el secretario de Educación se suba a un camión y se vaya a la escuela con los alumnos, eso era el Cancún que nos tocó vivir, la facilidad para acercarnos al gobierno, ¡algo bárbaro! Además, era un gobierno que respondía rápido, ahora es imposible verlos. Un Cancún maravilloso, un Cancún que ya no existe.

Fernando Martí: Vamos a recabar el testimonio de otro comerciante pionero, Adib

Burad Cabrera, a ver qué recuerdos tiene de ese Cancún que ya no existe.



Adib Burad
Refaccionaria Burad.

No llegué en 1970, pero sí me considero pionero, pues llegué el 13 de abril de 1971. Nací en 1950, así que tenía veinte años y seis meses. Venía de Campeche. Si me preguntan por qué vine, la razón por la que vine, es porque había muchísimos camiones de volteo trabajando tres turnos diarios, abriendo calles, abriendo la zona hotelera, metiendo sascab, por eso vine. De inmediato me di cuenta que haría falta una refaccionaria, con tanta maquinaria y volquetes. Ellos tenían que ir a Valladolid, a Mérida, cuando necesitaban alguna cosa. Empecé en el Crucero. Don Pedro Briceño Cámara me dio rentado un cuartito que había sido gallinero, en el mero Crucero. Ahí me instalé, en lo que ahora es la avenida López Portillo. La Tulum todavía no tenía forma de avenida, era la carretera a Puerto Morelos. Ni siquiera estaba pavimentada, el asfalto llegaba hasta el kilómetro 12 o 13, de ahí para adelante era pura terracería, hasta Carrillo Puerto. El asfalto llegaba hasta donde estaba un rancho cuyo nombre se me olvida. Eso era mucho antes del actual ae-

ropuerto. Ya me acordé, se llamaba San José de las Vegas, más o menos donde está el ejido Bonfil. El ejido Bonfil nace en el setenta y dos. Empezó a llegar gente, casi todos de Durango, eran ejidatarios y les dieron camioncitos de tres toneladas, pero con volteo, para que bajaran en los materiales. Cuando yo llegué, habían camiones de volteo que eran transportistas de Yucatán, de Chetumal, de Campeche.



“
...vine por la razón de que había muchísimos camiones de volteo trabajando tres turnos diarios, abriendo calles, abriendo la zona hotelera, metiendo sascab, por eso vine.

”
Una de las casitas de la Nader se convirtió en la sucursal del banco más poderoso del país (en aquel entonces).

La segunda tienda que abrió en avenida Tulum fue una refaccionaria, que por una semana no tuvo el privilegio de ser la primera.



No existía el sindicato de volqueteros como tal. Ya luego ellos se organizaron, hicieron su sindicato cuando vino don Alfonso Alarcón, que vino como jefe de desarrollo de la comunidad, algo así era su puesto. Él organizó a los taxistas, a los volqueteros, a la CTM, a la CROC, esa fue su función. Era licenciado en Trabajo Social y esa era su función. La Nader era una callecita de sascab, donde estaba el campamento de Infratur. Cuando vino el accidente de Carlos Nader, que fallece, los trabajadores de Infratur, que era parte del Banco de México, le pusieron el nombre de Nader para recordarlo. Le pusieron avenida Nader, pero cuando llegamos era una callecita, nada más, y ya estaba el campamento. Y también había unas casas en la Nader, frente al campamento, a espaldas de lo que hoy es el palacio. Yo estaba en la otra carretera, la que iba a Mérida. Carretera Valladolid-Puerto Juárez, así se llamaba. Nos fue bien, fuimos la primera refaccionaria de Cancún. Vendíamos lo que necesitaban los vehículos pesados y la maquinaria, refacciones, acumuladores, frenos, suspensiones, de todo. En Mérida habían varios mayoristas. Yo traía refacciones de México, de Veracruz, de otros lugares, y concentraba la mercancía en Mérida. Por ejemplo, baterías. Yo fui distribuidor de LTH, en aquel entonces la bodega más cercana era Veracruz. Entonces, Veracruz lo mandaba directamente a Transportes Yucatán. Ahí se transbordaba, tenía un acuerdo con la empresa, y ya me traían la mercancía. Tenía que pagar los dos fletes, el Veracruz-Mérida, luego el Mérida-Cancún, porque estábamos muy lejos. En el mero Crucero, ahí donde estaba la refaccionaria, ahí tenía yo mi cuartito y ahí vivía. En el 73, cuando empiezan

a vender los primeros lotes de terrenos de Cancún, compré uno y me cambié. Construí el edificio enfrente del palacio municipal. Por cierto, lo construyeron el ingeniero Rafael Lara y el ingeniero (Daniel) Ortiz. Yo tengo el contrato número seis, todavía lo conservo. El contrato seis. Me lo dio don Alfonso Alarcón Morali, que luego fue nuestro primer presidente municipal. Ahí está, lo conservo como una reliquia. Ese edificio lo inauguré el 14 de agosto del 73. Ahí mi registro federal de causantes, BUR730814, así que no hay pierde. Yo sostengo que fui el primero que abrió en la Nader, pero al mismo tiempo abrió Guillermo Aguila, la tienda de El Águila. Él abrió una semana antes que yo, pero no había terminado, él estaba en obra y abrió. Y yo cuando me cambié, ya tenía el local terminado, por eso digo yo que soy el primero. Sin embargo, él efectivamente abrió antes. Tenía urgencia de tener un local y estaba en obra, pero así se puso. Ahí tuve mis añitos, tres para ser exactos. De agosto del 73 a noviembre del 76. Cambié la refaccionaria porque la Tulum se empezó a volver muy turístico y mis clientes eran camiones de volteo, y no sé qué y no sé cuánto. Entonces me regresé, me fui para allá otra vez, sobre la Nader pero cerca del Crucero. Volví a cambiar la refaccionaria enfrente de donde está *San Francisco Telas*, ahí estuve muchos años. Al final tuve un problema con Hacienda y lo que me recomendaron los abogados y los contadores fue cerrar. Y cerré con la idea de volver a abrir, pero como que me acostumbré a no hacer nada, ni a levantarme temprano, y ya no volví a abrir. Han pasado mucho años y aquí estamos, oyes de este, oyes del otro, pues qué mejor que todavía estamos vivos, ¿no? Re-

“
Yo tengo el contrato número seis, todavía lo conservo. Me lo dio don Alfonso Alarcón Morali, que luego fue nuestro primer presidente municipal. Ahí está, lo conservo como una reliquia.

”



cuerto que en el libro que hizo Fernando Matí, de *Cancún, fantasía de banqueros*, hay una par-tecita que habla de mí, pero dice que yo llegué en 1972 a bordo de un viejo camión, y no. Yo llegué en el 71, no en el 72, y no llegué a bordo

de un viejo camión. Yo vine en un autobús de Transportes Unidos de Yucatán, de allá pa'cá. El viejo camión trajo mi mercancía, esa es otra cosa, pero yo no venía en ese camión, yo vine en autobús. Nada más hacer esa aclaración.

La incesante mudanza de la refaccionaria.

Fernando Martí: Bienvenida la aclaración. Llega un poco tarde, pues han pasado cuarenta años de la publicación del libro, pero la vamos a corregir. Ese es una característica de la historia oral, de la historia testimonial, como la que estamos haciendo en estos conversatorios, que acepta los errores de memoria de la gente cuando no modifican sustancialmente los hechos. Si Adib llegó en el 71 y no en el 72, si llegó en un autobús y no en un camión, eso no cambia su calidad de pionero, de propietario de la primera refaccionaria, de testigo presencial de la avenida Tulum cuando era un camino de terraced-

ría. Hay un valor histórico en esas historias personales, aunque contengan imprecisiones, pero prometo que vamos a cambiar la fecha y el tipo de transporte en la próxima edición de la *Fantasia*. Para cerrar la sesión de esta noche, tenemos el testimonio de otro pionero, José Luis Mitzunaga, a quien su estado de salud le impidió participar de manera presencial. Él no estuvo involucrado en las calles y avenidas, pero llegó en 1972 a construir el aeropuerto y, como no tendemos una sesión dedicada a ese tema específico, quisimos darle un espacio para que sus recuerdos no se pierdan.

“

El entorno de la selva fue totalmente novedoso para mí. Beber agua de pozo, comer pura comida de lata, no estaba nada acostumbrado a ese estilo de vida.

”



● **José Luis Mitzunaga**
Constructor.

Yo llegué a Cancún en febrero de 1972, como encargado de la obra civil del aeropuerto internacional, que la secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, la SAHOP, le había adjudicado a la empresa Henro y Asociados. Así se llamaba porque su propietario era el ingeniero Jorge Hernández Robles. El entorno de la selva fue

totalmente novedoso para mí. Beber agua de pozo, comer pura comida de lata, no estaba nada acostumbrado a ese estilo de vida. Pero era una selva maravillosa, lo único que me faltó es que me llegara a recibir Tarzán. Antes de llegar acá, el grueso de las obras en las que había participado eran residencias de lujo, sobre todo en el puerto de Acapulco. También estuve en la construcción del hotel Marriott, pero me dejé convencer de venir a Cancún. Yo soy de Durango y extrañaba la placidez provinciana, misma que por supuesto no encontré.

Fernando Martí: ¿Cuál era concretamente su misión?

José Luis Mitzunaga: Vine como arquitecto residente y la tarea consistía en levantar el edificio principal, un edificio

anexo, la zona de combustibles y la torre de control. De esos, creo que el único que sigue en pie es la torre de control, aunque

“

La única compensación es que a las muchachas les gustaba bañarse en la playa con el pecho desnudo, eso siempre era agradable.

”

ya no se maneja desde ahí el tráfico aéreo. Infratur nos instaló en Puerto Juárez, en el hotel *Los Faroles*, creo que era el único que había en la población. Tenía dos habitaciones, una era para mí, la otra para el contador, Mario Rivas. Todos los días una camioneta nos recogía para llevarnos al trabajo, y nos regresaba por la noche. Lo que sí me impacto fue el tipo de turismo que llegaba a Puerto Juárez, un turismo muy hippie, de dormir en hamaca. La única compensación es que a las muchachas les gustaba bañarse en la playa con el pecho desnudo, eso siempre era agradable. Por lo demás, era una existencia bastante monótona, pero había mucho que hacer en la terminal. El principal problema era que los trabajadores no hablaban espa-

ñol, se daban a entender en maya. Había que darles las instrucciones a los capataces, pero nunca estabas seguro de que te habían entendido. La parte del desmonte fue relativamente fácil, porque esa gente maneja el machete de manera extraordinaria. La construcción ya fue más complicada, aunque todos ellos tenían algo de experiencia práctica, pues eran campesinos que construían sus casas en la selva, lo cual también implicaba pozos, bardas e instalaciones más complicadas. Pero teníamos grandes dificultades para contratar personal especializado, plomeros, carpinteros, electricistas, etcétera. Aparte de que había pocos, los hoteles se peleaban por ellos y les ofrecían sueldos un poco mejores, pero suficiente para amarrarlos.

Fernando Martí: Era el vía crucis habitual de todos los constructores...

El límite de Fonatur

¿Cuál era el límite norte del predio de Fonatur? ¿La López Portillo o la avenida Chichén-Itzá? Estas imágenes pueden contribuir al debate. En la foto, la avenida Tulum tiene la misma anchura en toda su extensión y se percibe lo que parece un un banco de materiales en la actual SM

64 (la mancha clara, del lado izquierdo). El plano es preciso: señala el límite de Fonatur sobre la calle 6, una cuadra delante de la Chichén. La respuesta definitiva podría estar en la escritura constitutiva del Fideicomiso Puerto Juárez, un documento que se halla extraviado.

Una imagen de avioneta: la SM22 esta casi desmontada, y en la SM5 se adivina el campamento de Infratur, mientras la SM 3 es apenas un trazo perimetral.

La avenida Nader, entre ambas, muestra cierta curvatura que después perdió. (FM)



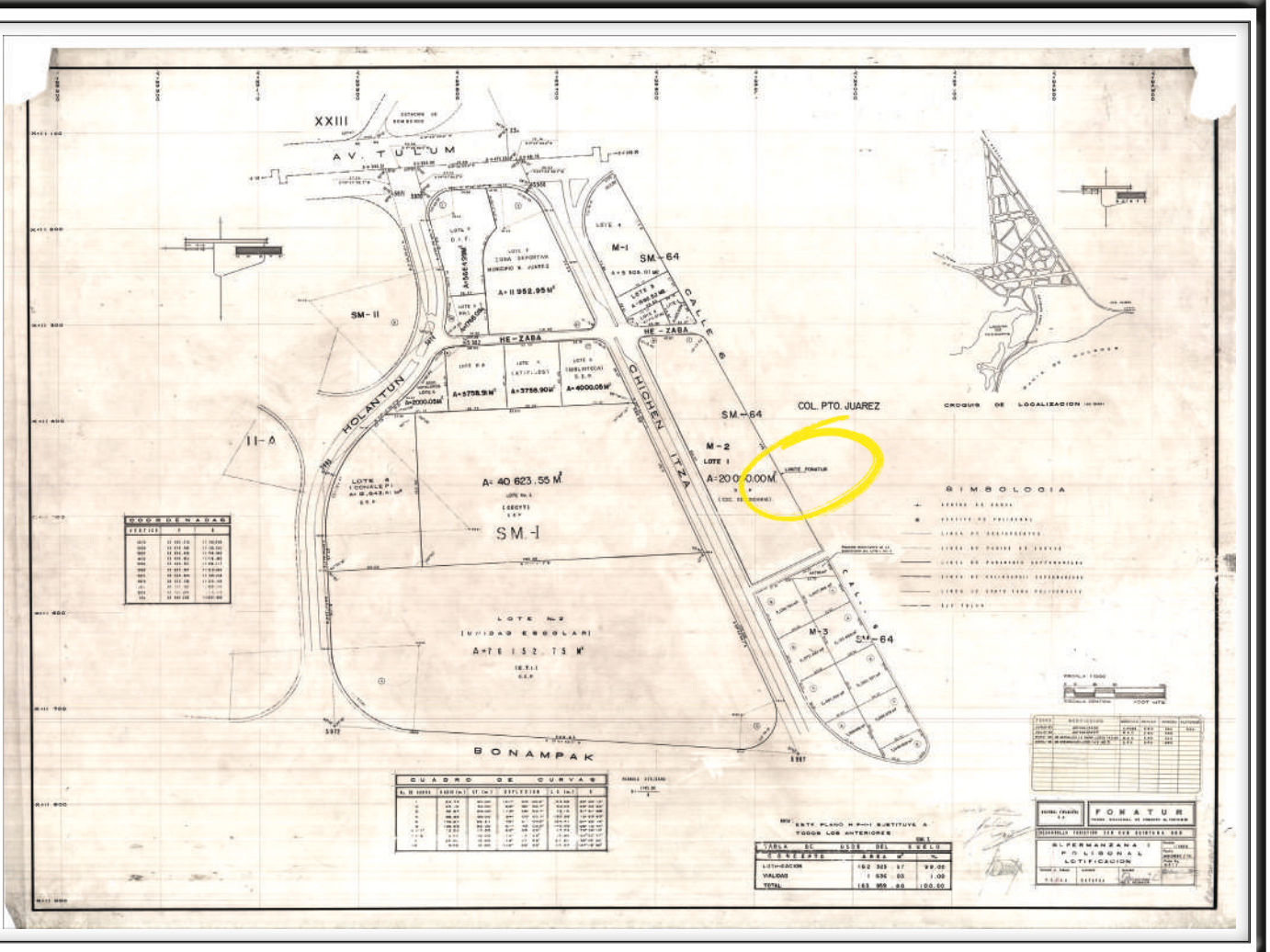
José Luis Mitzunaga: La SAHOP designó como residente al ingeniero Mario Horcasitas. Una gran persona, pero su especialidad era hacer caminos, para las obras civiles estaba medio verde. Además, traíamos el marcaje directo del secretario de SAHOP, Luis Enrique Bracamontes, pues el presidente Echeverría tenía un interés marcado en la terminación del aeropuerto. Bracamontes venía cada ratito. Un personaje muy enérgico, muy metódico, quería estar al tanto de cada detalle. Siempre me decía, no se separe de mí, y me interrogaba a fondo sobre el avance de las obras. El ambiente de trabajo no era el mejor. La gente del Sureste siente mucha desconfianza hacia quienes venimos de fuera, en especial hacia los chilangos, y de la Ciudad de México veníamos casi todos.



En diciembre del 73, fecha proporcionada por la cámara Instamatic, la terminal ya había tomado forma.

De repente te decían, es que los aluxes, y uno les decía, qué aluxes ni que ocho cuartos. Eran muy supersticiosos, y ahí había un problema de comunicación permanente, un recelo que lo sentías a flor de piel.

Fernando Martí: ¿Algún problema pasó a mayores?



José Luis Mitzunaga: Hubo roces de consideración. Por ejemplo, algunas veces no llegaban los sesenta mil pesos de la nómina. Teníamos noventa peones trabajando y de pronto tenías que salir a decirles que no les podías pagar esa semana. Eso no lo entienden y tienen razón, son gente que vive al día y no podían llegar con sus familias con el cuento de que no habían cobrado, era como decirles que esa semana no iban a comer. Por suerte, con el tiempo, el gerente del Banco de Comercio, un señor de

apellido Brindis, nos hacía fuertes cuando no llegaba el recurso, a sabiendas que ya venía en camino. Pero a veces el problema lo causaban los propios trabajadores. Por ejemplo, programabas un colado para tal día, pero ese día era la fiesta de quién sabe qué, o tenían que ir a hacer guardia a la iglesia, y se iban al pueblo, te dejaban colgado con el colado. Tuve que aprender, sobre la marcha, a contratar peones de reserva y de último minuto en Valladolid o en Mérida, para resolver esos tropiezos.

Una panorámica de las primeras obras, incluyendo una modesta torre de control, proveniente del álbum de recuerdos de la familia Mitzunaga.

Fernando Martí: ¿Terminaron a tiempo?





El segundo aeropuerto, ya casi listo para arrancar. Es probable que la foto se haya logrado desde la torre de control. ¿Quién podría inaugurar que esa modesta terminal iba a ser, con el tiempo, el aeropuerto con más conexiones del país?

José Luis Mitzunaga: Con algunas semanas de retraso, pero en un tiempo muy aceptable, por la complejidad de la obra, la lejanía de los proveedores, la dificultad para con-

seguir los materiales, la escasez de personal calificado. El presidente Echeverría inauguró la terminal a principios de 1975, lo cual coincidió con la apertura de los primeros hoteles.

Fernando Martí: Eso fue hace cincuenta años. ¿Cómo decidió volverse cancenense?

José Luis Mitzunaga: (Alfonso) Alarcón me convenció de quedarme. Esto va a crecer, esto va para arriba, me dijo. Y sí, había oportunidad de hacer negocios. Como ya sabía el problema de los materiales, me asocié con Santiago Pizano en el ramo de los materiales,

fuimos socios en Constructora Quetzal. Nunca me faltó trabajo. Viví cuatro años en el hotel pero en 1976, en fecha exacta, el 3 de agosto, me traje a la familia, mi mujer y cuatro hijos. Aquí nació el quinto, Iroshi. Y en efecto, cincuenta años después, aquí seguimos.

“
Viví cuatro años en el hotel, pero en 1976, el 3 de agosto, me traje a la familia. Y en efecto, cincuenta años después, aquí seguimos.

”

El primer Cancún

Fernando Martí: Pues con esta historia tan frecuente, las familias que emigraron a Cancún en busca de un mejor lugar para vivir, vamos a dar por terminado este cuarto conversatorio. Se trataba de hablar de calles y avenidas y así lo hicimos, sobre todo de la Tulum y de la Nader pero, de manera natural, surgieron temas complementarios como las escuelas, los nego-

cios, las viviendas, en fin, las historias propias de una ciudad que despierta a la vida. Como estamos grabando para la televisión y ya nos alargamos demasiado, esta vez no tendremos sesión de preguntas y respuestas, pero guárdenlas para la próxima semana, en la cual abordaremos la construcción de un edificio icónico: el palacio municipal.



El panel: Rafael Lara Lara, Mauro González, Fernando Martí, Guillermo Águila, Abid Burad Cabrera.